(36) Ciceron., *D. del Or. L. II.*, 6.

(37) «Las comedias de Terencio, fueron atribuidas á Escipion Emiliano.» (*Quintiliano, Lib. X, cap. I.*)

(38) «Escipion, aunque grande y patricio, procuraba aumentar su poder, y conseguir las altas magistraturas, mediante el favor del pueblo» (*Plutarco, Vida de Paulo Emilio.*)

(39) Hé aquí como A. Berger, resume varias opiniones, emitidas por los escritores antiguos, sobre la muerte de Escipion. ¿Fué la muerte de Escipion, dice, el resultado de un crímen? Patérculo se inclina á creerlo, y añade que la garganta del cádaver ofrecia señales de violencia (II. 4.) ¿Quién fué el asesino? Ciceron da á entender que era de la casa misma de Escipion *(De la Nat. de los Dioses, III*, 32.) Appiano va más léjos, y nombra al asesino. «Segun unos, éste tenia por instigadores á Cornelia, madre de los Gracos, y á su hija Sempronia casada con Escipion, á quien no amaba y del cual no era amada» (*Guerras civiles, I.* 2.º). Appiano mismo se contradice, cuando despues atribuye la muerte de Escipion á un suicidio á que este habria recurrido, viendo que no podia cumplir las promesas que habia hecho. El mismo Appiano se contradice nuevamente, al referirse á las declaraciones de los esclavos de Escipion, cuando fueron sometidos á tormento. «Declararon que unos desconocidos, que habian entrado en la casa por una puerta escusada, habian estrangulado á Escipion, y que, si nada habian declarado hasta entónces, era porque veian que el pueblo se alegraba de aquella muerte.» *(Elo. Lat. cap. XXI)*

DISCURSO SEXTO.

LOS GRACOS.

SEÑORES:

En la primera conferencia del presente curso, pinté, á grandes rasgos, la influencia literaria y científica que antiguamente ejerció Grecia sobre Roma, y la que Roma ha ejercido, y viene ejerciendo, sobre nosotros; y establecí, y procuré demostrar, lo más sólidamente que me fué posible, que los jóvenes podrian obtener gran provecho del estudio de las biografías de los hombres ilustres, para formar su carácter, y del estudio de los monumentos literarios de la antigüedad, para enriquecer el tesoro de sus conocimientos, y formar las prendas de su inteligencia.

Indiqué, otra noche, las principales fuentes á

que para este estudio iba á recurrir, y enumeré los hombres que más se habian distinguido, en Roma, como oradores; á pesar de la rudeza de los tiempos, en los tres siglos que siguieron á la fundacion de la República. Despues hablé de Caton el Antiguo, considerándole como orador y político, y como un dique levantado, inútilmente, contra aquella corriente caudalosa que llevaba revueltos y confundidos á Roma, las letras, las artes, las riquezas, el lujo y la corrupcion, que los pueblos de la Grecia, y más aún los del Asia, arrojaban de su impuro seno. La penúltima noche que nos reunimos, os hice observar los rápidos progresos que habian hecho las letras romanas, en el segundo siglo ántes de Jesucristo; el movimiento científico y literario que se verificó cuando el filósofo Carneades estuvo en Roma, y se estrecharon, allí, las relaciones con Atenas; diciéndoos algo, al propio tiempo, de lo poquísimo que los modernos saben, sobre varios hombres ilustres que, en su época, tuvieron reputacion de oradores. Y, os hablé, muy particularmente, el viernes anterior, de Servio Galba, Cayo Lelio y Escipion Emiliano, en los cuales se manifestaba ya, y con especialidad en los dos últimos, la grande influencia de las letras griegas.

Ahora me corresponde hablaros de dos figuras

simpáticas y grandes que produjo aquella época; de dos hombres odiados y temidos por la aristocracia, amados con entusiasmo por el pueblo, elogiados, como oradores, y vituperados, como políticos, por Ciceron, y, poco ménos que deificados, por los modernos propagadores de la democracia anarquista. Todos habeis comprendido que me refiero á los Gracos, á aquellos dos célebres hermanos que brillaron tanto por su elocuencia, como por su talento, sus virtudes y desgracias. Aunque ellos recorrieron la escena política de Roma como fugaces meteoros luminosos, ó como tempestades que van de paso, ofrecen grandes enseñanzas que nunca serian tan oportunas ahora, si no tuviésemos á la vista, por desdicha nuestra, otras enseñanzas, más recientes y amargas, para todos los españoles de conciencia recta. No espereis que presente á los Gracos, sólo como dos víctimas de su amor al pueblo, como dos mártires de la democracia romana. Creo que pueden atraerse nuestra admiracion, sin fijarnos en esos títulos, en que vulgarmente se hace consistir su gloria. Más digo aún: esos títulos les han sido cuestionados, y son los únicos que dejan, en suspenso, el juicio de todo hombre que, despreciando las declamaciones tribunicias de los demagogos, sea capaz de discurrir como hombre

de Estado, y conocer el verdadero mérito de las acciones humanas, á través del fanal engañoso de las apariencias, ódios y parcialidades, donde todo se deprime ó celebra exageradamente.

Hasta hoy, he procurado ceñirme á la materia que nos ocupa, sin otras digresiones que algunas ligerísimas, no mal recibidas por vosotros, é inspiradas por el estado actual de nuestra patria. Esta noche que voy á hablaros de dos hombres que fueron grandes oradores, y protagonistas en el más sangriento drama que habia presenciado Roma hasta entónces, y que agitaron su patria, temerariamente, en aras de un deseo de reformas, que no fué acompañado del acierto y la prudencia que acaso mereciera; esta noche que me refiero á un pueblo castigado, como España hoy, con discordias civiles; regado, como tambien lo está el suelo de nuestra patria, con la sangre de sus hijos; amenazado de los infinitos males que la desgracia desata, contra las naciones, cuando se rompe el equilibrio de los poderes, como aquí se ha roto, la armonía de las clases y el freno de las aspiraciones populares, y cuando locamente se agitan, como aquí se han agitado, cambios repentinos, ú hondas reformas que amenacen la propiedad, cualesquiera que sean los vicios que la afecten; esta noche, repito, el propósito que

de ordinario me anima, de ceñirme á la cuestion, tiene que ser más firme que nunca, por lo mismo que los estímulos que me inducen á apartarme de ella, son más numerosos y mayores, que otras veces.

La existencia de los Gracos ofrece dos períodos que casi se confunden, uno de los cuales comprende su primera juventud, su época de preparacion; y, el otro, el resto de sus dias, ó, lo que es lo mismo, su época de accion. Ambos períodos son, en ellos, por igual interesantes; mas, el primero demuestra que no fueron, solos, los artífices de su mérito, y, el segundo, que no están exentos de responsabilidad, en los sucesos que ocasionaron su propia ruina, y las desgracias de sus partidarios.

Algunos hombres tienen que luchar, para elevarse, como sucedió á Caton en Roma, á Temistocles en Grecia, y, casi en nuestro siglo, á Napoleon I, tienen que luchar, digo, contra la pobreza, contra la humildad de su orígen, contra mil pequeñas contrariedades que hacen más lenta y penosa, la marcha hácia las cumbres de la reputacion y del poder. Mas, los Gracos, encontraron su camino libre de obstáculos de esta naturaleza, y áun preparado para que pudiesen recorrerlo fácilmente. Eran nietos del gran Escipion, del

vencedor de Anibal, y eran hijos de T. Sempronio Graco, que tuvo, y mereció tener, todos los honores á que en su patria se podia aspirar, y cuya memoria respetabilísima iba, delante de ellos, como una vanguardia que los anunciaba y protegia.

Pero, estos beneficios de la fortuna, eran nada comparados con otro beneficio que la fortuna les dispensó. La fortuna, señores, ó, mejor dicho, la Providencia, (si he de hablar como cristiano), no puede otorgarnos en nuestra niñez y nuestra infancia, que son el jardin de nuestra vida, ningun presente tan estimable, tan precioso, tan casi divino, como una madre que sea nuestro ángel tutelar sobre la tierra; que no contenta con alimentar nuestra sangre con su sangre, con celebrar nuestras primeras sonrisas con sus más inefables alegrías, sepa esparcir en nuestra alma las semillas de la virtud, y los gérmenes de los nobles y grandes sentimientos; como una madre que, no sólo tiemble y se aflija, ante la idea de nuestros males, y no sólo se regocije con la esperanza segura de nuestra dicha, sino que sueñe venturas para nosotros, y nos eleve, con su amor y sus deseos, á donde acaso no pueda elevarnos nunca nuestro mérito; como una madre, en fin, que sepa limitar su ternura á nuestro bien, y no

olvide jamás que, al producirnos hombres, contrajo la obligacion de educarnos para que llenemos, dignamente, en el mundo, nuestro destino de hombres.

Pues bien, señores, Cornelia, la madre de los Gracos, fué un modelo de madres, y poseyó, como mujer, cualidades superiores á su sexo, y nada comunes en aquel tiempo en que, las costumbres y los caractéres, iban degenerando y corrompiéndose. Tuvo, en grado altísimo, dos virtudes que parecian familiares á los antiguos romanos, la fortaleza y la templanza, á las cuales acaso debió Roma gran parte de su elevacion, y cuyo olvido contribuyó, más tarde, poderosamente, á los desastres interiores y exteriores de la República. Aquella mujer sólo aspiraba á la gloria de sus hijos, que era la suya; los consideraba como las únicas joyas dignas de envanecerla; los rodeó de los maestros más sábios de la Grecia, para que desarrollasen las felices disposiciones con que habian nacido; estaba siempre halagando la esperanza de que llegasen á ser dos hombres eminentes; fomentaba la ambicion en sus corazones juveniles, diciéndoles que queria que la llamasen *la madre de los Gracos*, y no la suegra de Escipion Emiliano; honró su viudez rechazando las pretensiones del rey Ptolomeo,

que le ofrecia su mano y su corona; y despues de haber asistido á aquellos dramas sangrientos en que perecieron sus hijos, y cuando ya los años hacian venerables sus palabras, su alma noble y magnánima se complacia en recordar las luchas políticas de los Gracos, y en referirlas con el severo acento de la Historia, como más tarde las refirió Plutarco. (1)

Tal fué la escuela á que los Gracos asistieron, ántes de ir, el primero de ellos, á Cartago, y el segundo á Numancia, á las órdenes de su cuñado Escipion, á hacer el aprendizaje de la guerra con tan insigne caudillo. (2) Otra guerra muy distinta les esperaba: guerra de clases é intereses encontrados; de ambiciones, de ódios, de venganzas, en que iban á tener el Foro romano por campo de batalla, á los patricios por enemigos, y la elocuencia como arma ofensiva y defensiva.

Pero, ¿qué prestigio no seria indispensable para rivalizar con el Senado, representante en Roma de las glorias militares, y depositario de las luces, de la riqueza, y hasta de los intereses mismos de la religion? ¿Qué elocuencia no seria menester para conseguir este prestigio, y gobernar una muchedumbre tumultuosa que oia, frecuentemente, la palabra de otros oradores antagonistas de los Gracos? Y ¿qué idea no concebi-

mos de dos tribunos que sostuvieron, separadamente, luchas encarnizadas contra tantos y tan poderosos enemigos, sobre todo, cuando recordamos que fueron jóvenes que apénas habian cumplido los treinta años de su edad, y que hubo épocas, aunque breves, en que no sólo gobernaron, sino imperaron por completo, en Roma? (3) Aunque no lo atestiguase la Historia, sólo por el poder que la palabra les dió sobre las muchedumbres, podriase conjeturar que, la elocuencia de los Gracos, era un modelo de elocuencia tribunicia.

En realidad, muchas causas contribuyeron, de consuno, á ello. Educados para oradores, tuvieron que estudiar los modelos griegos, y entre los modelos griegos, á Demóstenes, que sobresale, entre ellos, como un alto roble entre pequeños arbustos, y cuya elocuencia vehemente y poderosa, era propia para halagar y conciliarse la aficion de aquellos jóvenes, no afeminados con la molicie en que otros muchos consumian, la llama de su cuerpo y de su espíritu; y ántes bien, fortalecidos por la temperancia, y estimulados, en las empresas difíciles, por tempranas ambiciones y ensueños de poder y gloria (4). En ninguna parte encuentro escrito que los Gracos estudiasen á Demóstenes; mas ¿podemos creer que no lo co-

nociesen cuando ya Caton lo habia imitado, con grande éxito, cuarenta años ántes? ¿Podemos creer que al prepararse para los combates rudos que sostuvieron contra la aristocracia, desdeñasen buscar sus armas en un depósito abierto, donde sabian que se encontraban las mejores? Ellos, que fueron educados para tribunos y tuvieron maestros griegos á su lado, ¿no estudiarian, por necesidad, las obras griegas que nosotros estudiamos por recreo? Cuando leemos algunos breves pasajes de los discursos de los Gracos, que parecen, por su fuego y brillo, centellas brotadas al calor de las *filípicas*, ¿insistiremos en creer, á pesar de todo, que los Gracos no tomaron su elocuencia, en (cuanto puede adquirirse lo que en mucha parte es un don natural,) de la única fuente que entónces la producia, y mejor la ha producido hasta el presente? (5) Tanto valdria decir que, al talento épico de Virgilio, no contribuyó el de Homero, ó que nuestro Garcilaso no estudió á Virgilio, en sus poesías pastoriles, cuyas escenas imitó y cuyos dulces tonos reprodujo.

Además de los modelos griegos, tuvo que influir, en la elocuencia de los Gracos, la índole misma del teatro en que ejercitaron su palabra. Un pueblo entero, y, sobre todo, un pueblo como el Romano, que no estaba hecho á divertimientos

literarios, queria algo más que flores retóricas para satisfacerse, ó sentirse conmovido. Necesitaba grandes imágenes que hablasen á su vista, ántes de penetrar en su alma; una voz fuerte y sonora que alcanzase á les extremidades del extenso auditorio que, por lo comun, rodeaba á los tribunos; unos ademanes impetuosos, que se viesen desde lejos, y supliesen las palabras perdidas por la distancia; y todos aquellos medios y resortes que obran fuertemente sobre el corazon del hombre, y la voluntad de las grandes colectividades. Colocados los Gracos en el foro de Roma, rodeados de una mar hirviente de cabezas humanas, su palabra tuvo que poseer todos los atributos de la elocuencia tribunicia; y tan necesarios eran esos atributos para producir las agitaciones de que nos habla la Historia, como son necesarios los vientos impetuosos para levantar las tempestades del Océano, no tan temibles, muchas veces, como las tempestades populares.

Aquí debo advertiros que, aunque mis palabras se refieren á T. Graco, lo mismo que á su hermano Cayo, caracterizan más á este último; sin que, por esto, las diferencias que los separaban, como oradores, supongan en la elocuencia de Tiberio otra índole distinta de la que le he atri-

buido, aunque el carácter tribunicio no lo tuviera en tan alto grado. En todo lo concerniente á las virtudes domésticas y públicas eran idénticos en el fondo, si bien más espléndido Cayo que Tiberio, y estaban animados de igual intenso amor á la gloria, y, en general, de las mismas rectas intenciones; mas, sus facultades intelectuales, y algunas prendas de su carácter, eran muy distintas. (6) Tiberio habia recibido de la naturaleza, un temperamento físico y moral más apacible que el de su hermano. Su alma noble y grande estuvo siempre dispuesta á la concordia: lo estuvo cuando presentó su primera ley sobre la reparticion de las tierras comunales; lo estuvo, repetidas veces, cuando propuso al pueblo la deposicion del tribuno Octavio, que olvidando la amistad que le debia, se hizo, de improviso, partidario de los nobles; y lo estuvo, tambien, en aquel dia aciago y funesto en que presentándose en el Capitolio, sin ningun aparato de fuerza, fué atacado y muerto, con muchos de los suyos, por el partido aristocrático. Le calumnia Ciceron, cuando dice que tuvo la voluntad de hacer el mal, en tan alto grado como el talento de la palabra. (7) De las cosas que fueron realizadas ó intentadas por Tiberio, todas, ménos una á que fué precipitado, llevan impreso el sello de las buenas intenciones;

y, cabalmente, las intenciones es lo ménos reprochable en los Gracos. Plutarco, que ha servido á la Historia más que Ciceron, que habia nacido en Grecia, y en un siglo libre de las contiendas intestinas de la República, es más digno de fé que aquel padre de la pátria, amante siempre de la púrpura senatorial, más que de las humildes mantillas en que naciera, y que estaba, sin duda alguna, impresionado, á todas horas, por la conjuracion de Catilina.

Pero, yo mismo, que invoco el testimonio de Plutarco, debo ahora, no rechazar, pero sí completar, la pintura que éste hace, del carácter oratorio de T. Graco. Dice que su diccion era purísima y escogida, y que su elocuencia, suave y templada, era propia para mover los afectos tiernos del alma. Añade que, al hablar en público, guardaba siempre un gran comedimiento, sin agitarse de un lado á otro en la tribuna, ni abandonarse á una inspiracion desordenada, ó demasiado fogosa. No niego que un orador de sus cualidades morales, despertara, con su palabra, cuando tal fuese su objeto, sentimientos de clemencia y ternura, á que era inclinado su ánimo; y no es dudoso que, cuando viendo su vida amenazada por el puñal y el veneno de los patricios, recomendó sus hijos, niños aún de corta edad, á la pro-

teccion del pueblo, (8) no es dudoso, repito, que los acentos y ruegos de Tiberio Graco, serian bastante sentidos y conmovedores, para que, las paternales inquietudes de su corazon, penetrasen, como un fluido invisible y contagioso, en el corazon de su auditorio.

Mas, de que fuese capaz de producir tales impresiones, no debe deducirse que siempre las produjese, ó que para ningunas otras tuviera tanta eficacia su palabra. Grande orador, (9) tuvo la facultad natural, desarrollada con el estudio y el ejercicio, de expresar felizmente cuanto pensaba ó sentia. No fué la clemencia lo que inspiró al pueblo, al justificarse por haber hecho que se depusiera de su cargo al tribuno M. Octavio; en cuya ocasion tuvo que pintar, el olvido en que éste habia echado los intereses populares; no fué, tampoco, la compasion lo que hizo sentir á su auditorio, cuando, defendiendo, poco ántes, su primera ley agraria, «con una elocuencia capaz de conseguir el triunfo, no de aquel proyecto, que era bueno, sino de uno malo,» (10) y espresándose con un entusiasmo y un calor que le salian del alma, puso en fuga á sus enemigos, ántes de atacarles directamente, y sentirse enardecido por el calor del debate. En ninguno de estos casos, ni en otros que podria citaros, y que tuvieron lugar despues de su ruptura con los nobles, fueron sentimientos suaves los que despertó su palabra; sino, más bien, sentimientos fuertes, y en cierto modo belicosos, capaces de producir el miedo en sus contrarios, y la firmeza, y áun la osadía, en aquella plebe devorada por la usura, y abatida por los privilegios del patriciado. Y en esto me fundo para deciros que, en la elocuencia de Tiberio Graco, seguramente prevaleció el sello de la inspiracion que la produjo; el sello de la inspiracion tribunicia. Mas, quiero que juzgueis, por vosotros mismos, y, con tal objeto, voy á permitirme leeros algunas palabras del discurso en que T. Graco, ya tribuno, apoyó ante el pueblo Romano, su primera ley agraria. Oid:

«Inferiores á las bestias salvajes de la Italia, que tienen bosques y cavernas donde guarecerse, los que combaten y mueren por la defensa de la Italia misma, sólo tienen la luz que los alumbra y el aire que respiran. Sin hogar, sin residencia fija, van errantes de un lado para otro, con sus mujeres é hijos. Les engañan sus generales cuando, en las batallas, les animan á combatir por las tumbas y los templos. ¿Dónde hay, entre tantos miles de romanos, uno solo que tenga un altar doméstico, ó haya podido consagrar un sepulcro á sus mayores? Si combaten y mueren, es

teccion del pueblo, (8) no es dudoso, repito, que los acentos y ruegos de Tiberio Graco, serian bastante sentidos y conmovedores, para que, las paternales inquietudes de su corazon, penetrasen, como un fluido invisible y contagioso, en el corazon de su auditorio.

Mas, de que fuese capaz de producir tales impresiones, no debe deducirse que siempre las produjese, ó que para ningunas otras tuviera tanta eficacia su palabra. Grande orador, (9) tuvo la facultad natural, desarrollada con el estudio y el ejercicio, de expresar felizmente cuanto pensaba ó sentia. No fué la clemencia lo que inspiró al pueblo, al justificarse por haber hecho que se depusiera de su cargo al tribuno M. Octavio; en cuya ocasion tuvo que pintar, el olvido en que éste habia echado los intereses populares; no fué, tampoco, la compasion lo que hizo sentir á su auditorio, cuando, defendiendo, poco ántes, su primera ley agraria, «con una elocuencia capaz de conseguir el triunfo, no de aquel proyecto, que era bueno, sino de uno malo,» (10) y espresándose con un entusiasmo y un calor que le salian del alma, puso en fuga á sus enemigos, ántes de atacarles directamente, y sentirse enardecido por el calor del debate. En ninguno de estos casos, ni en otros que podria citaros, y que tuvieron lugar despues de su ruptura con los nobles, fueron sentimientos suaves los que despertó su palabra; sino, más bien, sentimientos fuertes, y en cierto modo belicosos, capaces de producir el miedo en sus contrarios, y la firmeza, y áun la osadía, en aquella plebe devorada por la usura, y abatida por los privilegios del patriciado. Y en esto me fundo para deciros que, en la elocuencia de Tiberio Graco, seguramente prevaleció el sello de la inspiracion que la produjo; el sello de la inspiracion tribunicia. Mas, quiero que juzgueis, por vosotros mismos, y, con tal objeto, voy á permitirme leeros algunas palabras del discurso en que T. Graco, ya tribuno, apoyó ante el pueblo Romano, su primera ley agraria. Oid:

«Inferiores á las bestias salvajes de la Italia, que tienen bosques y cavernas donde guarecerse, los que combaten y mueren por la defensa de la Italia misma, sólo tienen la luz que los alumbra y el aire que respiran. Sin hogar, sin residencia fija, van errantes de un lado para otro, con sus mujeres é hijos. Les engañan sus generales cuando, en las batallas, les animan á combatir por las tumbas y los templos. ¿Dónde hay, entre tantos miles de romanos, uno solo que tenga un altar doméstico, ó haya podido consagrar un sepulcro á sus mayores? Si combaten y mueren, es

de la cólera, turbó la majestad y grandeza de aquel debate, que, sostenido por otros hombres, habria, acaso, degenerado en un pugilato indigno (13). Tiberio derrotó á su antagonista, y con su antagonista á la nobleza; pero la nobleza romana era muy fuerte para que se inclinase ante el poder de un jóven de 29 años. No obtuvo, sin embargo, este triunfo sin haber tenido que conseguir del pueblo, la deposicion del tribuno Octavio, y el nombramiento de otro más dócil á sus miras. Este acto se consideró tan inaudito, que, al cabo y al fin, mermó en algo la popularidad del omnipotente Tribuno, y le obligó á pronunciar un discurso para justificarse. De los principales argumentos que con tal objeto presentara, se conserva un resúmen, digno, á juicio mio, de ser conocido. Hélo aquí:

«El tribuno es sagrado é inviolable, porque se consagra al Pueblo, y vela por los intereses del Pueblo. Pero si falta á los deberes de su cargo, si desampara al Pueblo ó quebranta su soberanía, si le impide manifestar su voluntad por medio de los sufragios, se priva, á sí propio, de los privilegios inherentes al tribunado, porque no cumple los compromisos que esta dignidad le impone. ¿Sufriríamos que un tribuno demoliese el Capitolio, ó incendiase nuestros arsenales? No dejaria

de ser tribuno al cometer estos atentados, aunque seria un tribuno indigno. Mas, si llega su maldad hasta privar al Pueblo de su poder, por este solo hecho, en el acto deja de ser tribuno. Seria una extraña inconsecuencia, que, miéntras un tribuno puede ordenar la prision de un Cónsul, elegido, como él, por el Pueblo, el Pueblo no tuviese el derecho de quitar al tribuno, unas facultades de que abusa, con perjuicio del poder que se las confirió. La dignidad real que reune, en sí, todos los poderes, y se consagra, además, con ceremonias religiosas que le imprimen un carácter augusto, no impidió que Roma destronase á Tarquino, porque usaba injustamente de su autoridad de Rey; habiendo bastado el crímen de uno solo, para abolir esta antigua y suprema magistratura, á la cual debió Roma su fundacion. ¿Hay aquí algo más santo y venerable, que esas vírgenes que cuidan el fuego sagrado? Y, sin embargo, cuando alguna de ellas quebranta sus votos de castidad se la entierra viva. El olvido de sus deberes para con los Dioses, les priva de una inviolabilidad, que sólo tienen para mejor servir á los Dioses. No es justo, pues, que el tribuno que combate al Pueblo, conserve la inviolabilidad de que el Pueblo, por su propio interés, le invistiera, puesto que tal tribuno destru-

ye la autoridad de que la suya emana. Si justamente ha obtenido el tribunado por el voto de la mayoría de las tríbus, ¿cómo no podrá perderlo, más justamente aún, cuando las tríbus unánimes han votado la deposicion? ¿Hay, entre nosotros, cosa alguna más sagrada que las ofrendas religiosas? ¿Y quién ha impedido jamás, al Pueblo, trasladarlas de un lugar á otro, y disponer de ellas á su arbitrio? Tenia, sí, el Pueblo, el derecho de disponer del tribunado, como dispone de las ofrendas, trasfiriéndolo de una ó otra persona; con tanta mayor razon, cuanto que se trata de un cargo que no es inamovible, como lo prueba el que, á las veces, los investidos con él lo han renunciado, suplicando que se les exima del compromiso de servirlo.» (14)

Claramente se ve que están llenos de fuerza estos razonamientos. No muestra ese período el estilo del orador. Es un extracto descarnado, sin las formas y colores del gran discurso á que pertenecia. Aun las comparaciones que establece, son medios directos de confirmacion y prueba, y no, en manera alguna, adornos sólo destinados á embellecer.

A partir de esta época, el Senado y el Tribuno se hicieron guerra declarada. El Senado, resentido, mortificó cuanto pudo, y precipitó á Tiberio Graco, y éste hirió y precipitó, á su vez, con nuevas reformas (15) á aquella augusta asamblea. Ambos fueron culpables; pero más culpable, el que tenia más deber de mostrarse prudente y conciliador; el Senado. No intentaré describir la muerte de Tiberio Graco. Baste deciros que, al verificarse la votacion de sus nuevas leyes, pereció á manos de los nobles, y hallándose rodeado del pueblo, que no supo, ó no quiso defenderle, y que despues no hizo otra cosa que recordarle, acaso con remordimientos, si es que las grandes colectividades pueden tener remordimientos.

Señores: bella y grande es, sin disputa, la figura de Tiberio Graco; pero aún más grande y bella es la de su hermano Cayo. Cuando despues de la trágica muerte de Tiberio se vé á Cayo Graco, jóven entónces de veintiun años, retirarse de la escena política que ya comenzaba á frecuentar; cuando se le contempla en la flor de su juventud, en la edad de las pasiones, de los placeres, de la inexperiencia, refrenado su carácter, que era vehementísimo y arrebatado, y entregándose, con ardor, al estudio de la elocuencia, sin cuidarse, aparentemente, de la memoria de su hermano; cuando se vé su frente nublada por sombras de siniestra melancolía, persistiendo un año, y otro año, en mantenerse lejos de los nego-